

XIX Congreso de la Asociación de Colombianistas 2015

***Y en verdad no hubo cielo, sobre la novela No hubo cielo de Gloria María Posada***

Martha Luz Gómez Cardona

*No hubo cielo*, es una novela escrita por Gloria María Posada Restrepo, ganadora de la Beca de Creación en Novela de la Alcaldía de Medellín en 2010 y publicada por el Fondo Editorial Universidad Eafit en 2011.

En ella se narra la historia de una niña que a los doce años es abruptamente separada del lugar idílico en el que ha transcurrido su infancia para ser encerrada en un lejano convento de clausura.

De este hecho es responsable la madre que pretende conseguir con él dos objetivos: alejar a la niña del alcance del padre quien ejerce sobre ella acosos disfrazados de santidad y facilitarle a la pequeña el camino al cielo. La buena intención de la madre le arruina la vida a la hija porque la sume en un estado de nostalgia y melancolía infinitas. Como el hecho sucede en forma clandestina, a la niña se la declara desaparecida y sobre su desaparición circulan muchas leyendas entre los pobladores, tomadas de la cultura Embera y adaptadas a las circunstancias. Después de una intensa e infructuosa búsqueda el pueblo se resigna y le asigna una tumba vacía en el cementerio.

Aquí aparece una lucha de poderes por el control de los hijos: el padre la quiere para él y la madre para Dios y la niña de 12 años paga las consecuencias.

En la novela hay muchos aspectos que a mi juicio hacen de la obra una novela de ruptura, a saber: su sorprendente inicio con una escena increíble y escabrosa del final de la historia; la libertad sexual que se manifiesta en la profusión de textos eróticos tratados con desparpajo; la denuncia que hace del patriarcado en el suroeste antioqueño; la denuncia de la Iglesia por su alianza con los conservadores, por su avaricia de los bienes terrenales, por el montaje del proceso de santificación y porque facilita los conventos para el ocultamiento de mujeres embarazadas en amores ilícitos y retiene monjas sin vocación por el interés de lucro; la

reivindicación de los Embera con la inclusión de leyendas y vocablos de su cultura y por el glosario que adjunta sobre ellos al final; la irrupción abrupta del texto de las letanías de San Mamerto y finalmente el desenlace inesperado. Aunque todos ellos se aluden en el contenido del trabajo, en él se hará un énfasis especial en el aspecto de la sexualidad.

La novela se inicia con la descripción de un suicidio: una hermana muerta narra en primera persona cómo se disparó con una escopeta en frente de la Virgen Rubia que ella dice que es su madre. Sor Juana de Aza es el nombre de la monja, que no pudo con la culpa a pesar de que “de tanto orar, tenía recogidas indulgencias suficientes para tres vidas” (pág. 76).

La protagonista de esta historia es María Margarita de los Ángeles Vásquez y es a la vez la narradora. Ella presenta en retrospectiva sus memorias en cartas escritas en los días anteriores a su muerte, para cumplir una promesa a la hermana Lissy, su compañera de convento con quien insinúa que sostuvo una relación lésbica. En las cartas hay intimidad, confesiones, maltrato, denuncia, reflexión, dolor, culpa, remordimiento, desesperanza, paisajes, olvido, rezos, violencia, éxtasis, sensualidad, ocultamiento, pecado, incesto, temor, infierno.

Veamos una cita de la primera carta que le envía a su amiga:

Sin embargo, y ya que seguramente no la volveré a ver, quiero cumplir la promesa que hace tantos años le hice a la chiquilla enamorada y loca: “Algún día contaré mi historia, algún día”. Para mí ya no hay días, confórmese con estas hojas amarillas, escritas entre lágrimas y miedos y piense que cada una contiene la historia que quería oír [...] Cuando me encuentren busque entre mis cosas, levante la imagen de la Virgen Rubia, y la madera en el piso que vea de diferente color. Allí, si la virgen lo quiere, podrá encontrar las memorias que no le haya enviado. No omito detalles porque sé que por ellos muere, ni le evito historias que sin su sensatez podrían destrozar su corazón. El alma no es simple y las pasiones lo son menos. ¿Quién nos habló de un solo amor? Seguro fue el mismo que le puso sexo a los sentimientos. No se llene de angustias ni de celos. Pág.17

A Margarita le tocó acomodarse a la vida del claustro sin vocación alguna; los primeros diez años los pasó en la cocina donde se preparaban las delicias que suelen venderse en los conventos de clausura y los veinte restantes en la biblioteca, a cargo de los libros, de lo que se valió para hacerse a una cultura que las otras monjas envidiaban. Nunca fue muy

creyente y se elaboró su propio santoral. Su santa preferida fue Sor Juana Inés de la Cruz, a pesar de que la Madre Superiora le ordenó buscar otra para adoptar su nombre, porque según ella ésta no era tan santa. Margarita se puso el nombre de Juana de Aza, como una forma de camuflar el de Sor Juana Inés de la Cruz, según le contó a su amiga Lissy, quien por esta razón la llamó Sor Juana de Asbaje, con el nombre de pila de la santa mexicana.

Margarita había nacido en 1935 en Pacuayán, un pueblo ficticio del suroeste antioqueño cuyo referente real podría ser Jardín, por estar allí situado el Resguardo Indígena Embera Chamí de Cristianía, mencionado en la novela; es una zona cafetera por excelencia y de una belleza de paisajes descrita con minuciosidad en la obra. En 1947 desaparece para el mundo y vive en el convento hasta más o menos 1977, cuando fallece su madre y del convento la envían a Pacuayán a vender su herencia para entregar el fruto de la venta a la comunidad religiosa.

Cuando llevaba muchos años interna se enteró de que su madre era la que sostenía el convento y por esa razón la priora la admitió en la comunidad a pesar de su rebeldía y descreimiento, y la mantuvo allí tras convencer a la familia de su admirable vocación, veamos:

Decidió otorgarme el ingreso a la comunidad que yo no había pedido, pero mi mente se resistía a tanta oración y mi cuerpo ardía de nostalgia y de fiebre, deliraba recuerdos de primavera y angustias de prados verdes. Oré por la vida de mamá y de mis hermanos, por la salud de tío Evelio, por la tía Clemencia, por mis becerros y mis sapos. Supliqué, pedí, le rogué a la Virgen María y a todos los santos para que me sacaran de allí o me dieran fe. Pero, ¡ay de mí!, ¡nadie vino en mi auxilio! Pág. 84.

En vísperas de su marcha al convento Margarita recibe una hermosa declaración de amor en una carta anónima y a pesar de sus pesquisas nunca descubrió al autor; esa declaración la dejó para siempre enamorada del amor. Ese enamoramiento se refuerza con los textos que lee en el claustro. En su viaje hacia el destierro le sorprende la alegría que irradia Rosana, su compañera de viaje y luego descubre que esta alegría se debe a que ella está enamorada y va embarazada a esconder allí el fruto de sus amores prohibidos. Margarita en cambio va muy triste por dejar su tierra y por haber perdido el primer llamado del amor, el del joven que le envió la carta.

Esa ausencia del amor le desencadena una obsesión por el tema de la sexualidad el cual aparece profusamente tratado en la novela, con muchos textos íntimos que sorprenden por el desenfado con que se abordan:

La primera alusión se refiere a los toqueteos del padre en el oratorio de la casa que son los que alertan a la madre sobre el riesgo inminente del incesto. Luego durante el viaje al convento Margarita narra cómo uno de los arrieros, en un arranque de exhibicionismo con ella, se levantó el tapapinche debajo del cual no usaba ninguna prenda. Luego en la posada donde pernoctan ve a través de las rendijas de la puerta, cómo los arrieros y las mesoneras se dedican a las artes amatorias. Cuenta del deseo libidinoso que la embarga en el confesionario con el sacerdote. Describe en forma poética sus prácticas onanísticas y los escarceos amorosos con la hermana Lissy.

La novela también trae intertextos eróticos consagrados, como el de La Transverberación de Santa Teresa de Ávila, publicada en el capítulo XXIX de la autobiografía de la santa:

Vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, [...] veíale en las manos un dardo de oro largo, y al final del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aún hartó. Pág. 48.

En la misma línea temática veamos ahora una escena del viaje hacia el convento:

Tirada en el suelo, pegué mis ojos a las rendijas de la puerta y, mientras Rosana soñaba con ángeles y los arrieros se desnudaban, soltaban sus ropas, sus manos y sus toqueteos, volvió a mi cabeza la intimidad reptil del caponero; era la anaconda del Edén, el dardo de oro largo que al final del hierro tenía un poco de fuego. Vi cómo ese dardo imposible llegaba con suavidad a un corazón, y cómo con suavidad entraba y salía sin que importara el dolor herido. Un hormigueo goteante se apoderó de mis piernas, de mi cuerpo enfermo de quartana fígona, de buba inguinal, de cólico miserere. No hice nada para que cesara; mi visión, mis piernas febriles y yo disfrutábamos de ese dolor. Pág. 49.

Hay una mirada crítica a la cultura patriarcal y provinciana del suroeste antioqueño a mediados del siglo pasado. Denuncia la doble moral de las costumbres hogareñas de su familia cuando cuenta que el padre les daba “paliza a sus hijos porque llegaban borrachos faltándole a Dios con lujurias y paliza porque no lo habían hecho faltándole a la hombría que debían tener” (pág. 85). Lamenta el despojo de la tierra de los indígenas por parte de los terratenientes cafeteros y que además los exploten sin compasión. Cuenta que el padre solo se preocupa por atesorar dinero y no satisface las necesidades mínimas de su familia, lo que lleva a la madre a robarle café para proveer de lo necesario a sus hijos a escondidas del padre y con la complicidad de su hermano Evelio. Denuncia el incesto, práctica que usualmente se esconde para no manchar el honor de las familias. Informa de la alianza entre la Iglesia y los conservadores, del interés económico de las comunidades religiosas, del papel de los conventos como refugio para los embarazos ilícitos. Todos estos asuntos que no se usaba comentar en la época, la novela los hace públicos sin ningún miramiento.

Un giro importante se da en la historia de la vida de Sor Juana a la muerte de su madre. Ella le escribió desde su lecho de enferma porque quería verla antes de morir, pero los trámites para obtener el permiso de salida son tan complicados que solo logra llegar a su casa un mes después, eso sí, con el encargo del Obispo y de la Madre Superiora de hacer efectiva la venta de la finca que recibe como herencia para entregar su producido a la comunidad. Es entonces cuando Margarita aprovecha la situación para asumir por fin las riendas de su vida y decide no volver al convento. Quiere recuperar el paisaje de su infancia y conocer detalles de la vida de su madre y de su familia de todos esos años, propósito que Tiberio y los suyos, le ayudan a cumplir. Sus parientes la desprecian porque la acusan de no haber ido a visitar a la madre enferma y aparecer luego para reclamar la herencia. Su sobrino Don Diego de Alcázar la asedia en silencio y sin descanso y ella se enamora perdidamente de él.

La descripción del primer encuentro voluptuoso entre Margarita y don Diego está inspirada en el cuadro de “El nacimiento de Venus”, de Botticelli. Veámoslo:

...y yo, que desde niña me desposé con Cristo, fui a bañarme con el Señor en el arroyo cristalino que se esparce donde empiezan los yarumos blancos de la cordillera. [...] Me desnudé poco a poco, despojándome de las prendas santas, anticuadas y largas que matan el deseo y reprimen las carnes, y avancé sobre la arena nacarada, como una joya en una concha de madre perla [sic]; arena blanca

que el agua y el viento trataban de arrastrar. Cubrí mis senos con una mano y con la otra tomé mis imaginarios cabellos largos para complacer el pubis pudoroso que se quería abrigar; caminé entre las aguas del río hasta que el equilibrio se volcó en las corrientes circulares y me llevó, por horas, a sumergirme en el líquido fresco y sanador donde dejé que la naturaleza, que es el mismo Dios, me amara en una orgía de céfiros, piedras, caudales y peces iridiscentes que acariciaron mi cuerpo y clavaron sus ojos en mí.[...] Sentía que él estaba ahí pero no sabía dónde. Lo presentí en la imagen verde que se pintaba entre las ramas de los árboles para traerme el rostro del ser divino que me desposó en el claustro. Suspiraba con el sonido del viento y el crepitar de las hojas secas; se movía entre las ramas, me observaba. Y no me asustó que él, como Dios, gozara del arte renacentista. Dejé mi cuerpo descubierto, hambriento de aire y de sol, y esperé confiada en la Virgen Rubia, que nunca me ha abandonado, hasta que él llegó tapándome la boca, silenciando lo que yo no deseaba gritar, atando mis manos que no intentaron soltarse, violando lo que deseaba ser violado, poseyendo a la fuerza lo que era suyo desde el primer día que lo vi. Pág. 142.

Las cuatro últimas oraciones expresan la vivencia de la amante con un magnífico lenguaje lleno de paradojas que transmiten al lector las delicias del amor experimentadas por Margarita después de una vida entera privada de ellas.

Ella goza de los encuentros amorosos con Don Diego, a pesar de que él ni le habla, solo la acosa con su afán libidinoso. Ese goce se transmite con la recreación de otro texto erótico, la “Lactación a San Bernardo”, que confirma la inspiración de la narradora en los textos pictóricos:

¿Por qué no deja caer sobre su piel el alimento? ¡Dios Santo! ¿Quién se atrevía a entrar en mi habitación para interrumpir así el llanto del bebé? Pensé en el hombrecillo aquel que siendo aún un cartujo, gran devoto y adorador de la Santísima Virgen María, fue premiado con el mismo alimento que se le dio al Niño Jesús. No alcancé a preguntar y no necesitaba hacerlo; don Diego estaba ahí, opinando, sosteniendo el vaso que manaba lento; retiró al bebé, lo dejó dormido a mi lado mientras él, hecho un niño labios de miel, bebía de mi savia inexistente y seca. “¡Oh formas dulcísimas que brotan justo encima del corazón, palpitar de querubines que entonan acordes celestes, cómo se igualan los espacios para el amor materno y los deseos. Algo del perfecto amor de madre, algo de arte barroco y mucho de divinidad debe tener la lactación del amado”, pensé. Entonces lo dejé sorber, lo dejé lactar de mí, como si yo fuera la virgen en el lienzo de Alonso Cano, y él, el monje que le pedía a la virgen el don de la elocuencia. Pág.151.

Pero ella poco a poco se va dando cuenta de que Don Diego, el sobrino, es el que tiene azotada a la región: explota a los campesinos, expropia sus tierras y los manda a asesinar. A Tiberio Tascón, el trabajador de la finca lo hace matar porque siente celos de él. Esto revive en Margarita la crisis de culpa que la atormentaba en el convento y decide suicidarse después de escribir su historia para enviársela a Lissy:

... perdón porque vi el pinche del arriero, perdón porque vi desnudas a las mujeres de la posada, perdón porque vi al niño que me amaba en el Cristo de la Misericordia que pendía en la pared de mi habitación, perdón por mis manos libidinosas, por las manos de papá sobre mis senos, por mi boca que hablaba de las manos de mamá robando café, perdón porque veía en las hermanas un rebaño de santas envidiosas, mujeres de yeso insensibles a las cosas del mundo. Perdón, perdón, mil veces perdón después de la confesión porque el padre tenía debajo de la cintura un resalto que le levantaba la túnica; [...] Cada semana llegaba hasta él para decirle, azotada, arrepentida, que necesitaba hacer otra confesión: necesitaba confesarle que lo amaba, que lo necesitaba en mí, que presentía su pinche señalando el horizonte, quería que me confesara todo el día y todas las noches. ¿Era acaso eso malo? Pág.86.

En la mitad de la obra, entre las páginas 89 y 96, (la novela tiene 186) irrumpe abruptamente un texto titulado **Rogativas a San Mamerto**, que contiene las letanías que la Madre Superiora le ordena hacer a Sor Juana durante un mes, como castigo a su desobediencia y como medio para volver a la virtud. Pero el texto religioso de las letanías está entreverado con muchos nombres del mundo extratextual, tanto literario como personal de la autora. Está narrado en primera persona a dos voces: la de Sor Juana y la de la escritora: “tío Evelio que prometiste venir por mí, ven por mí, Pater Noster, protege al niño que me declaró su amor”. Estas son dos de las letanías en la voz de Sor Juana. Del mundo literario, pero ya en la voz de la escritora, aparecen mencionados García Márquez, Virginia Woolf, Herta Müller, Saramago, Consuelo Posada, el Conde de Saint-Simón, William Faulkner, Jairo Morales, Ángeles Mastreta, Isabel Allende, Laura Restrepo, Margarite Yourcenar, Antonio Lobo Antunes, Cortázar, Borges, Rulfo, Sábato, Fernando Cruz Kronfly (tutor de la novela), Jairo Gómez Montoya, Reinaldo Spitaletta, Jorge Echavarría y sus amigos del murito de Al Pie de la letra; Luis Fernando Macías; Elkin Restrepo y su grupo de amigos escritores: Paloma, María Teresa, Claudia Ivonne, Emperatriz; los jurados del concurso en el que ganó la beca: Óscar Castro, Óscar Collazos y Roberto Burgos

Cantor; la Secretaría de Cultura Ciudadana y la editorial, las bibliotecas: de Itagüí, La Piloto y todas las de Medellín. Agradece a los posibles lectores que acepten su impertinencia y sus juegos. Fuera del ámbito literario cita a Fernando Botero, a Maquiavelo, a Juan Manuel Santos, a sus parientes y amigos, a sus colegas odontólogos y a muchos otros que no sabemos quiénes son ni por qué aparecen. Termina diciendo: “Y finalmente Señora y Señor mío, dignense de decirnos ¿cuántas son las rogativas de San Mamerto? Devuélveme, Señor, a la historia que estaba escribiendo, sácame de este claustro y líbrame a mí y a mis lectores de las mameras de San Mamerto. Amén”

Además de esta profusión de personajes unas veces como santos, otras como mediadores ante Dios y otras como protectores, aparecen también entre las letanías algunas peticiones extrañas a la historia pero alusivas a la realidad actual del país. Veámoslas:

Dejadme amar y después, si es malo, dadme tiempo para el arrepentimiento; de difamar a papá, líbrame; que te dignes regir y gobernar tu santa Iglesia, os rogamos, oídnos; Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, dejadnos ver qué es pecado; que dejes entrar al contrabandista que está parado en las puertas del cielo, os lo ruego, escuchadme; San Hambriento, ruega por mi abuelo; San Manuel Santos, ora por Colombia; que concedas a todos nuestros gobernantes el esquivo respeto por los bienes ajenos, os rogamos, oídnos. De la muerte libra a mamá.

La irrupción de este texto de tan extraño contenido le da a la obra un carácter lúdico; es como un guiño de la autora a sus lectores, la invitación a un juego, una impertinencia como ella misma la llama. Les está haciendo un homenaje a los autores mencionados, está desclasificando a los que no nombra, está dando cuenta de sus lecturas, se está mofando del lector, está robándole la voz a la narradora fruto de su creación, apropiándose de la autoría de la obra, a pesar de que al final dice que no la escribió sino que se la encontró de milagro. ¿Qué pensaron de este texto Cruz Kronfly, Jairo Morales y Jairo Gómez, quienes conocieron la novela antes de su publicación? Sea lo que sea, es este un texto irreverente, provocador que rompe el hilo conductor de la trama. ¿Modifica el valor de la narración, altera su sentido? Todos estos interrogantes quedan por resolver.

En el último capítulo, aparece un aparte sobre el origen de los textos, que cuenta una historia sobre la historia: una mujer narra en primera persona que encontró a la hermana Lissy, quien viajaba con ella en un transporte colectivo hacia Pacuayán y leía unas cartas que la tenían muy afectada, tanto que tuvieron que llevarla al hospital de Andes donde la mujer se quedó a acompañarla. Al registrar su bolso para buscar la cédula de la monja, se encontró las cartas y no solo las leyó, sino que se las apropió y se marchó del hospital, después de enterarse por el párroco de Pacuayán de que la monja enferma hacía parte de una comisión que era esperada seis meses después en Pacuayán, para iniciar el proceso de beatificación de la hermana Juana, una religiosa que andaba haciendo milagros.

Terminé igual que la hermana, leyendo y releendo las memorias. Como ve, querido lector, son pequeñas piezas de un rompecabezas que no logro aún armar. ¿Dos monjas de clausura, fuera de sus conventos, las dos muertas, un amor sin género, varios amores a la vez? Tomé las cartas y terminé de llegar a Pacuayán. Pág. 182.

[...]

Cinco años después yo sigo recolectando material para mi novela, ella va a ser un milagro, no tengo la menor duda, leo, releo y titulo los textos sin entender. Debo esperar un tiempo para ver qué pasa con todo. No tengo nada claro aún, solo el título. No hubo cielo, aunque desde la muerte de la hermana no se han presentado más muertes, solo hay paz y dicha en la región...Pág. 183.

La novela es atrevida también por el final inesperado de la historia: un proceso de santificación para una monja que durante toda su trayectoria de vida se caracterizó por su espíritu transgresor: Sor Juana fue rebelde, desobediente, descreída, desertora, pecadora, incestuosa y suicida; siempre estuvo consciente de que su destino después de la muerte sería el infierno porque muy bien se lo había ganado. Pero se dice que su primer milagro fue matarse porque los santos no se matan; además, quienes se matan con escopeta se desfiguran y ella quedó intacta. Trajo la paz a la comarca, porque hizo alejar a Don Diego del lugar. Doce meses después de su muerte el cuerpo estaba incorrupto y los vestidos deshechos. Santa o demonio entonces, ahí está el enigma.

Hay sarcasmo en la manera de describir el desmembramiento del cuerpo de Sor Juana, porque sus partes son expuestas en muchos templos de la comunidad católica; hasta la

guerrilla del M-9 le robó una mano a la Iglesia y ésta la recuperó el día de la voladura de Andes. Su corazón está en el Museo de la iglesia de la Anunciación en Alba de Tormes, al lado de la tumba de Santa Teresa de Ávila; en el Sagrado Hueco de Medellín se venden reliquias de pelo y la religiosa es venerada por los milagros que hace con los precios.

La novela es osada en la forma en que se apropia de los textos de la Mística Española, considerados sagrados por la Iglesia por referirse a la unión entre Dios y las almas de los santos, para describir la sexualidad femenina, pues si bien, desde 1970 las mujeres lograron grandes conquistas en este campo, los tópicos alusivos a él siguen siendo tabú aún en nuestros días.

Margarita se declara feminista cuando le dice a Lissy en una de sus cartas que “hasta cuándo vamos a seguir sometidas a una Orden Femenina que desde tiempos inmemoriales obedece intereses masculinos” Pág. 156. La presiona para que se retire del convento porque ni el ardor místico, ni el encierro, ni la negación del mundo real llevan a Dios. Para ella es claro que ese no es el camino al cielo y que por el contrario, conduce al infierno.

María Margarita de los Ángeles Vásquez, cual demiurga, se construye un universo propio fundado en un éxtasis divino donde reina el amor uno y diverso, asexuado e incestuoso, sensual y filial; universo en el que no cabe la muerte. Pero ese edén levantado contra el cielo, contra el mundo y contra todos se desmorona porque su Adán no contribuye en el proceso. Por el contrario troncha con la muerte la fuente surtidora de ternura, uno de los afectos más caros de la amante, la de Tiberio Tascón, el de la cultura diferente a la cual la suya ha despojado. Con esa muerte se rompió el hechizo, se deshizo el encanto. La razón de ella se perdió en la culpa y el lugar eterno de lo oscuro sin fin la sumió en un abismo insondable. El inmolarsse como amante del mal, del soberano de las tinieblas, del avaro terrateniente, le cegó el camino hacia el perdón, porque el alma no es simple y las pasiones lo son menos.